



Robert Juan-Cantavella
Nadia



ROBERT JUAN-CANTAVELLA

Nadia

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2018

© Robert Juan-Cantavella, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: CAYFOSA- Impresia Iberica
Carretera de Caldes, km 3, 08130 Santa Perpetua de Mogoda
Depósito legal: B. 20759-2018
ISBN: 978-84-17355-54-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*And in and out of weeks
And almost over a year
To where the wild things are.*

MAURICE SENDAK

Abril, 2012

DANI ZUTANO es un nombre sin pasajero, una máscara al alcance de cualquiera, una cáscara sin nuez, cuántas veces me habré servido de él para abusar de su matiz exótico, de su rostro opaco, y sin embargo nadie se llama así como nadie se vuelve si gritas Fulano o Mengano, son sólo lámparas de luz negra, trampas de humo.

Lo digo porque es uno de los nombres falsos que he venido usando los últimos años en mi trato con las sombras. No ha sido el único pero sí el más frecuente. Y aunque en la historia que voy a contar no le saqué tanto partido como otras veces, sí me topé con un montón de otros nombres vacíos, tantos que al final tuve que abandonar el mío, deshacerme de Dani Zutano. No me arrepiento aunque podría hacerlo, postrarme de rodillas, quién sabe si elevar mi súplica a los cielos. Pero a eso ya llegaremos. Primero la historia, luego la fuga. Y la historia consistió en siete días hechizados por el ruido sordo del nombre usado, así es por lo menos como lo veo ahora, desde un lado de la barrera y también desde el otro lado. Siete días cuyo raro tránsito he renunciado a entender aunque no a frecuentar en busca de su destello arrebatador. De eso hace un año y un poco ya aprecio dónde termina una escena y empieza la escena siguiente y veo lo que hicimos entonces y las cosas que nos fueron sucediendo y puedo ordenar los hechos para escribir este informe, o no exac-

tamente ordenarlos, acaso invocarlos como un conjuro del que uno no entiende todas las palabras. Siete días que duraron tantísimo como una vida. Terminado el viaje me invitaron a una fiesta que fue mi entierro y mi bautismo, aunque antes tuve que pagar el precio y el precio fue una paliza. Al cabo del rato Kempes y yo tomábamos un par de cervezas recordando con pesar y con descanso al bueno de Circa. Kempes y Circa, menudo par de elementos. Enseguida los presentaré. Me acompañaron durante todo el periplo, durante siete días de los que todo lo sé o casi todo porque estuve allí o por un descuido. Y es que esa es otra. Nunca tendremos la certeza de que esta historia sucedió así, yo aquí cuento lo que otros me contaron, lo que vi –a veces sólo entre visillos o a oscuras– y también lo que no vi.

A decir verdad, yo no soy mucho de leer libros por mi cuenta. Bastante tengo con todo lo que me toca leer por culpa de mi trabajo, informes y listados, reportes y todo tipo de datos con los que voy tropezando o me veo en la necesidad de conseguir y es menester que procese. En ese confuso laberinto suelo colmar mis horas de lectura. Sin embargo, no hace mucho sí estuve leyendo uno, un libro de cine, un libro entero sobre Hitchcock que me había aconsejado Circa. Recuerdo que en cierto momento, Alfred Hitchcock, el director de cine, se hacía una pregunta que refleja bastante bien lo que nos sucedió a nosotros: ¿No cree usted, le dice Hitchcock a su entrevistador, que el tiempo del cine nunca debería tener relación con el tiempo real? Yo la solución no la conozco, pero cuando antes hablaba de siete días hechizados me refería a eso.

De momento me presentaré, pues ya he dicho que no me llamo Dani Zutano, que esa es una argucia para engañar a la gente. Mi nombre de nacimiento es Juan Dosh-

manas. Y la respuesta es no, no tengo hermanas ni hermanos tampoco. Doshermanas es sólo un apellido, un estigma, todo cuanto me legó mi padre antes de irse para regresar después y echarme a mí. Aunque cómo me llame importa poco pues esta es una historia de nombres frágiles labrados en piedra y borrados por el viento, nombres que cifran el engaño y le dan forma y le dan volumen y también vuelo hasta tornarlo transparente, invisible el ardid. El éxtasis dura nada, ya está, terminó; un relámpago desaparece e ilumina la tormenta; alguien estaba aquí, alguien se ha ido tras advertir que un nombre usado no dura siempre pero a menudo es tarde. A las puertas de la muerte, entonces sí, uno se recoge y hace balance. Pero eso a mí me queda lejos. Así es como veo la muerte: una figura velada, una figura distante. Así veo yo la muerte: una guadaña roma en forma de horizonte carcajeándose bajo las nubes. Igual meto la pata y me echa el guante pero ahora mismo, tan remota. De modo que no, yo no podría ni aun proponiéndomelo —lo bien que me hubiese venido ese acento trágico— hablar con la muerte cara a cara o hacerlo, dar cuenta de esta historia, en presencia al menos de la muerte. Mirando en la distancia desde un lugar elevado. Pero igual intentaré trazar la caprichosa, la turbadora estampa en que el muerto sobrevuela el sueño del vivo por obra y gracia de una mesa de disección, retratar al señor de los hombros velludos que no consentía en casarse, contar la persecución en coche a través del océano y en general del tiempo, nuestro asalto al manicomio del jorobado, el escalpelo abriéndose paso en la cabeza del hombre muerto y del hombre vivo, recitar a todos esos desarrapados que partiéndose de risa enarbolan banderas equívocas, confesar la mutación de una vida en otra disímil aunque pareja, las ciudades sucedidas en un

concierto desafinado, como una banda sonora de asfalto, una detrás de la otra, una encima de la otra.

También sobre esa cuestión de las ciudades mezclándose las unas con las otras me habló Circa de un libro, uno de un novelista ruso, creo que dijo. Esta vez no lo leí. Lo que sí recuerdo nítidamente es la frase, porque de nuevo tenía Circa más razón que un santo: Todas las casas y las calles de San Petersburgo se mezclan y se embrollan en la cabeza. Esa es la frase. Todas las casas y las calles de San Petersburgo se mezclan y se embrollan en la cabeza. Y es verdad que, por raro que suene, describe con no poco acierto lo que me sucedió. Lo que nos sucedió a los tres. Nunca estuvimos en San Petersburgo, no me refiero a eso. Me refiero a que las calles y las ciudades por las que fuimos pasando borraron sus límites en mi cabeza, ya lo creo que sí; el tiempo de Hitchcock y las calles del ruso, todo en el mismo plano, de una sola vez, a la vuelta de la esquina. (En eso consiste el hechizo que quiero dejar por escrito en este informe. Lo he apuntado todo en fichas pautadas, ordenadas por el nombre. Y el nombre lo pongo en mayúsculas, encabezando cada una de las fichas, para que no nos perdamos.) Por eso mi relato estará desprovisto del brillo fulgente de lo trágico, porque esta es una historia de nombres que se contradicen, que te equivocan y te aturden y dejan fuera de juego al más pintado, nombres vacantes con cientos de personas en su haber y ninguna dispuesta a atender al teléfono. Un relato herido por la torva luz de la noble farsa, una historia de nombres que puedes ponerte como quien cambia de camisa. Nombres que son fuegos artificiales, propensos a estallar allá arriba en palmeras color naranja. Pero, a lo que íbamos: con trece años le hice el puente a mi primer coche. Me estrené con el más fácil, un Opel GSI. Era blanco y llevaba un

pequeño alerón. Sentí un delicioso vértigo. Con diecisiete, en la puerta del reformatorio de la Virgen de los Desamparados, mi madre lloraba y sonreía aunque una y otra vez regresaba al llanto y quiso revolverme el cabello, tan corto entonces. Buscaba en el tierno gesto a alguien que ya no existía. Dónde te llevo, me preguntó pasados varios minutos que resultaron interminables. Y retiró la mano. Y nos marchamos en silencio. Luego todo sucedió deprisa, los meses o los años, sin darme cuenta ya estaba en Bruselas, la primavera acechando tras de una llovizna callada.

Llegué a la lujosa cafetería con tiempo para elegir un lugar apartado en la penumbra del rincón. Bandejas de plata, columnas de bronce, camareros como caballeros andantes, techo artesonado que quizá en otros tiempos filtró la luz del sol a través de unos vidrios de colores enmarcados en madera noble. Allí donde posaba la vista, una y otra vez encontraba mármol. Entretenido prendiendo en mi camisa blanca una etiqueta de plástico a la altura del pecho con el nombre Dani Zutano, recuerdo que pensé hay que ver cómo se quiere esta gente, o tal vez me limité a mirar a mi alrededor con los ojos abiertos en señal de inocencia. La etiqueta me acreditaba, o más bien acreditaba a Dani Zutano, como asistente personal en la dirección general de estabilidad financiera del Parlamento europeo. Tampoco eso era cierto. Aunque el sol se acabó imponiendo a la tibia cortina de fina lluvia, allí dentro las sombras obraban a mi favor.

No necesité darle muchas vueltas a la carta de bebidas para decidirme por la copa más popular. En Le Cirio, la copa más popular era casi una obligación. Aguardé a que llegase el camarero, la pedí y me dispuse a montar guardia. El periódico que acababa de comprar y ahora abría

para ocultarme era *Le Soir*. Cuando trajeron la bebida ya me había parapetado detrás de sus páginas. Sin leer una palabra. Camisa blanca y americana oscura. Sólo el cogote asomado tras el horizonte de aquel diario. Si andaba intranquilo no era por temor sino por ansia. Y es que con cada nuevo disfraz, Dani Zutano no sólo se enfrentaba a su adversario sino también a Juan Doshermanas. Así me gustó verlo siempre, pero ahora me parece que era más bien un castigo, una duda de plomo. Y aunque mis planes de futuro queden hoy lejos de mi pasado, de algún modo es lo que pienso seguir haciendo, trabajar en la sombra aunque con otro propósito y una sonrisa en la recámara. Me va a tocar, claro, buscar otros nombres, abandonar mi carcasa Dani Zutano como la serpiente que muda de piel, pero eso será sencillo, tengo algunas ideas.

El tema es que aquella tarde de abril, allí sentado, yo estaba impaciente. Eran las ganas del jugador por diluirse de nuevo en la partida. Otro ingrediente de mi ansiosa expectación tenía que ver sin duda con que en aquella ocasión trabajaba en equipo. No era mi costumbre. Había fraguado mi carrera yendo por libre y no me arrepentía, como no me arrepiento ahora que lo hago al revés. Pero aquellos tipos, Kempes *el Osado*, Circa *el Noble*, parecían profesionales. Si en su momento fueron capaces de seguirme hasta Manchester es que conocían el oficio. Por eso acepté la invitación a unirme a ellos. Por eso y por el vértigo. De ahí que aguardase allí quieto, desaparecido tras mi periódico, en un rincón de la cafetería. Ejerciendo de peón, y no de alfil como había venido siendo mi costumbre y mi norma. Quién sabe si el último ingrediente no tuviese que ver con la propia ciudad. Y es que la suerte y los negocios nos llevaban de nuevo a Bruselas, donde nos vimos las caras por vez primera.

Pero volvamos a la cafetería. Media hora más tarde entraron dos tipos envueltos en una niebla de susurros. Uno de ellos, enorme reloj de acero, rostro bronceado, americana abrochada de botones lustrosos, portaba un maletín y guardaba sus gafas de sol en una funda y la funda en el bolsillo interior de la americana. El otro, mucho más alto y fuerte, al parecer desprovisto de cuello, se limitaba a asentir a intervalos regulares. Yo hubiese apostado a que el primero regentaba un casino –pero qué va, era nuestro hombre– y al segundo le sonaba el despertador de madrugada para levantarse a engullir un bol de arroz hervido. De la americana del tipo del maletín pendía como un embrujo a la altura del pecho una etiqueta de plástico igual que la mía. Se la quitó en un gesto cierto, con una sola mano, ejecutando un movimiento repetido miles de veces, y fue a guardarla junto a las gafas. Sentí cierta tristeza al advertir que yo necesitaría horas de entrenamiento para acercarme, siquiera un poco, a semejante grado de solvencia. Debo fijarme más en esos detalles, creo recordar que me dije, trabajarlos cuanto sea necesario. No sólo se trata de ejercitarse, lo más importante es anticiparlos. Eché un vistazo a mi propia etiqueta, o tal vez sólo quise hacerlo. Me pareció demasiado recta. Volví a asomarme por encima del periódico y advertí que el tipo del maletín señalaba una mesa y luego otra para mirar enseguida y con aire marcial a su esbirro, que asintió y fue a sentarse a la primera mesa, muy cerca de donde yo estaba. Eran ellos, no había duda. Pasé una página del periódico. El tipo del maletín se sacó unas gafas de vista y se las puso mientras tomaba asiento a la mesa grande. Llamó al camarero.

CIRCA BONNEKILL buscó el edificio de la Bolsa, se asomó al lujoso interior de un café cercano –yo desde el rincón le hice un gesto que él vio sin detenerse a mirar–, salió diciendo ¡qué bonito!, y fue a sentarse en la terraza con toda la tranquilidad del mundo.

La cabeza de Circa Bonnekill tenía una forma muy similar a la de una bombilla, con ojos diminutos e inquietos como dos hormigas intentando salir de un plato vacío y cabello escaso color castaño. Boca de piñón y modales de oficinista. Era delgado pero fuerte, fibroso y liviano, nunca apartaba la mirada y andaba con todo el cuerpo, no sólo con las piernas, moviendo también los brazos y el cuello y uno diría que la columna vertebral y hasta las muñecas –como si calentase antes de una partida de billar decisiva– de una forma que jamás le he visto hacer a nadie ni acierto a entender que responda a otro criterio que el puro capricho. Mantenía con sus propias manos la típica relación de desconfianza y sobreprotección de quien se ha comido las uñas y ya no lo hace. Al sentarse a comer solía prender la servilleta en el cuello de su camisa. Era un tipo encantador. Lo sigue siendo, aunque ya está lejos de todo esto. Pero entonces no lo estaba, ya lo creo que no. Me encantaba su cruz de Caravaca de plata pendiendo en el cuello de una cadena también de plata y muy fina que hoy en día es de oro. Luego, puede que fuese en Pésaro o tal vez antes, en El Vaticano, me confesó que nunca había estado en una ciudad organizada como aquella en torno al edificio de la bolsa de valores y no a una iglesia o a una ciudadela desaparecida o a los restos de un antiguo templo. Una ciudad que abrazase al menos su propio ayuntamiento.

Al bueno de Circa le fascinaban esos pormenores, la trama cultural de las ciudades, los meandros de su relato

histórico. De hecho, se pasó esos siete días completando nuestra pobre imagen de la realidad con datos que a nosotros nos hubiese resultado imposible obtener, por lo menos en ese momento, sobre el terreno; buceando en archivos públicos y no tan públicos, metiendo sus narices de ratón de biblioteca en lugares donde se jugaba el cuello, en muchos casos sin que aun hoy logre explicarme cómo lo consiguió.

Anduvimos extraviados, esa es la triste verdad de este hechizo. Y ahora corre ese mismo peligro quien pretenda seguir nuestros pasos. (Me refiero a que todo cuanto entonces no supimos explicarnos nosotros puede que también llame ahora la atención de quien lea este informe. Pero contarlo de otro modo a como sucedió, revelando al principio algo que sólo descubrimos al final, no tendría sentido. No, porque la función de este informe es otra, aunque a eso ya llegaremos.) El caso es que había dejado de llover y Circa escogía un lugar en la terraza, cerca de la puerta. Posó la pequeña maleta con ruedas a sus pies, o a mí por lo menos me gusta imaginarlo así, con sumo cuidado, siguiendo tal vez la geometría de las baldosas. Era una maleta vacía. Circa la había ensuciado un poco para disimular que acababa de comprarla en una tienda que le pareció hospitalaria, acogedora como un oasis. Hoy, conociendo cuál ha sido su destino, no me cuesta imaginar al bueno de Circa comprando la maleta y diciéndose a sí mismo que si algún día saldaba su deuda no le importaría retirarse en un lugar como aquella tienda. A pocas mesas de distancia, una joven pareja comprobaba una y otra vez el interior de su cochecito como si el bebé fuese a desaparecer de un momento a otro o acaso ellos temiesen que se esfumase si no lo vigilaban como es debido y le iban dando su ración de carantoñas. Circa se acomodó, puede que

pensase que desde allí tenía una buena perspectiva de la calle y que además entreveía el interior del local. El plan no entrañaba ningún misterio ni el menor riesgo. Kempes le había indicado que entrase al final:

—Quince segundos y te vas, Circa, no hace falta que cuentes el dinero. Conozco a esta gente, no tienen agallas para engañarnos.

Kempes y Circa llevaban media vida trabajando juntos. Primero a un lado de la ley y luego al otro. Cuando Kempes salió del cuerpo de policía se lo llevó consigo. Circa no acertaba a entender si aquello fue un premio o fue un castigo. En cualquier caso, seguía haciendo para Kempes el mismo trabajo de siempre. Apoyo sobre el terreno pero fundamentalmente indagación de archivo, maquinación lateral, documentación. También ejercía de frontón cuando el jefe lanzaba hipótesis y deseaba ponerlas a prueba. Sentado en la terraza, Circa se dispuso a esperar.

Del bolsillo del pantalón sacó entonces un objeto pequeño y brillante que empezó a manosear con la mirada fija en las escalinatas de aquel edificio imponente. Supe después que era una bala. Una bala del calibre veintidós. Más que manosearla lo que hacía era acariciarla como se acaricia algo que uno ama o acaso teme con todas sus fuerzas o que ha perdido irremediabilmente quién sabe si durante un vendaval o en un destierro pero aún cree poseer, tener al alcance de la mano, mimar con dulzura y resignada lealtad. Tardé mucho tiempo en comprender ese gesto. Lo atisbé varias veces. Otras, lo imaginé. Sólo al final lo entendí. Pero entonces ya era tarde. Tras observarlos durante unos minutos desde la terraza, a Circa le quedó claro que los muchachos acucillados en las escalinatas de la Bolsa traficaban con algo. Tal era el trasiego

de idas y venidas, el celo impostado al estrecharse la mano, el viaje inmediato del puño cerrado al bolsillo. La pose vigilante, el gesto nervioso de cada nuevo visitante, mirando a un lado y al otro justo antes de marcharse. Marihuana, se dijo Circa, apostaría la bala. Cruzó las piernas y volvió a jugar con ella bajo la mesa de cristal, donde podía acariciarla sin ser advertido. El camarero acababa de salir y se dirigía hacia él con sofisticada afectación.

El tipo que nos había contratado trabajaba allí, en Bruselas. Se hacía llamar Qwerty. El hombre del maletín a quien yo acababa de ver acomodarse junto a su esbirro. A Circa no le costó reconocerlo en la mesa central cuando, al llegar a Le Cirio, se asomó a su interior. Desde mi rincón yo le deslicé un gesto breve, casi imperceptible, pero él no lo necesitó para hacerse una composición del lugar. Qwerty... Qué pocas luces hay que tener, habría de decirme Circa esa misma tarde cuando casi anochece y empezaba a refrescar, qué pocas luces para dar en un asunto como este el nombre falso que figura como alias en tu perfil de Facebook. En efecto, en varias de las fotos, Qwerty aparecía incluso con ese mismo maletín que ahora llevaba consigo. Circa lo había rastreado. Era un portadocumentos Hermès Etrivière de piel de ternera, asas de piel de vaca y adornos en metal plateado. Ese es el tipo de labores por las que Kempes no consintió en desprenderse de su hombre de confianza, pues mucho antes de aterrizar en Charleroi, Circa ya había averiguado el nombre real de Qwerty, el de su mujer, el de su secretario, el de su amante y el de su testaferro. Circa no podía creer que los dos últimos fuesen el mismo.

–Hay que ser muy tonto para dejar que esos nombres coincidan –me dijo.

Tampoco tardó en descubrir, aunque ya fue pasados unos días, que en el lugar donde los muchachos trapi-cheaban con maría, bajo la sombra de aquel edificio monstruoso que parecía dispuesto a abalanzarse sobre él, sí hubo en sus tiempos un mercado de la mantequilla y mucho antes un viejo convento de recoletos. Inclinandose con una sonrisa amigable, el camarero le preguntó si ya había decidido lo que iba a tomar.

Qwerty suelen ser las primeras letras del teclado. Muchos incautos que no saben qué contraseña inventar, y que por una razón u otra no acaban de confiar en 123456789, en Password o en el nombre de su gato, acostumbran a decantarse por Qwerty. Circa me contó que miles de seres felices a lo largo del ancho mundo escogen esas seis letras para acceder a su cuenta de correo, como contraseña del banco o para mantener a salvo en la nube toda la información de que disponen. Eso él lo había visto infinidad de veces. Pero ¿como nombre en clave?

–Sí, gracias. Póngame lo mismo –respondió Circa.

–¿Perdón, señor? –preguntó el camarero, de repente confundido.

–Un *half en half*, por favor –dijo Circa–. Tomaré un *half en half*. He venido de muy lejos sólo para probarlo.

Cuando unos minutos más tarde Ariel Kempes pasó junto a Circa Bonnekill, dirigiéndose al interior del establecimiento y sin decirle una palabra, el camarero ya depositaba la copa sobre la mesa y junto a la copa dejaba también la cuenta. En cuanto se hubo marchado con la bandeja bajo el brazo, Circa dibujó una sonrisa beatífica y cerró los ojos como quien se concede un premio. Se llevó la bala a la boca, pues hacía ya un buen rato que donde deseaba alojarla era en su interior o acaso perderla para siempre o dispararla, dispararla a quemarropa, du-

rante mucho tiempo no lo tuve claro. Darle vueltas con la lengua tratando de no hacer ruido.

ARIEL KEMPES entró, se detuvo a un paso de la puerta y barrió el local con la mirada en un ademán de estudiada indiferencia; su cuerpo garboso a contraluz, como si le diese igual estar allí o nunca se hubiera imaginado en alguna otra parte.

Qwerty le esperaba en la mesa redonda del centro, tal como habían acordado. Kempes no tardó en advertir que el tipo con pinta de abogado vigorético de la mesa de al lado, por mucho que se hiciese el sueco, debía de acompañarlo. Seguro que no hay más, puede que pensase. Seguro que ni siquiera es un matón como Dios manda.

Yo, por mi parte, agazapado en el rincón, no moví un solo músculo. Tal vez Kempes cavilase que a él no lo acompañaba ningún matón, que Doshermanas no era exactamente un matón y el bueno de Circa mucho menos. Eso no lo sé. Lo que sí sé es que actuó como si aquel local le perteneciese. Como si cada persona en su interior, los camareros, los escasos clientes, obedeciesen a su capricho y esperasen sus órdenes.

Ariel Kempes no era un hombre alto pero sí muy apuesto, casi atractivo. Llevaba el pelo desmadejado con una greña al costado que le caía sobre los ojos cuando le interesaba o se despistaba. Patillas entrecanas, siempre bien afeitado. Mandíbula poderosa como un bulldócer. Gafas de cristal ahumado de un tono verdoso y enorme puente, pues debía cabalgar una magna nariz de boxeador atravesada de capilares superficiales y sitiada por unas mejillas carnosas y suaves que, en comparación, resultaban casi pálidas. Odiaba a los charlatanes, de ahí

que tardase siempre en hablar. Él decía que esos silencios los ponía en juego como una llave de kárate, para usar en beneficio propio el palabreo del oponente y minar su paciencia. A pesar de su aspecto rudo y hosco, experimentaba sentimientos de piedad en los momentos menos oportunos, lo cual hacía de él un mal púgil en peleas de verdad, aunque era y sigue siendo alguien de quien fiarse.

Abrió los brazos, ladeó la cabeza dibujando una mueca chistosa de reconocimiento, como en una boda ante el padrino, y se dirigió a la mesa con pasos largos. Había decidido que le iba a hablar más alto de lo debido:

—¡Amigo Qwerty! ¡Tú por aquí...!

Qué risa, tuve que contenerme, aquello no formaba parte del plan. El jefe es muy versátil en las distancias cortas, todo un maestro. Qwerty quedó estupefacto. Prefirió no levantarse pero se dio por aludido y le dijo sin decirle: ¡Qué hace usted! Claro que soy yo, le dijo sin decirle. Pero basta con que lo sepamos nosotros. Qwerty había conseguido que Kempes lo entendiese sin pronunciar una sola palabra. Bastaron sus gestos, el arrobo súbito, quién sabe si incluso el miedo.

Muy poca escuela hay que tener para que un par de palabras pronunciadas a un volumen ligeramente superior al adecuado desarmen tu coartada. E imagino que eso es lo que pretendía el jefe, hacerlo asomar tras el arbusto en que se había apostado. La reunión la impuso él pero el lugar lo escogió el tal Qwerty. Y cuando no llevaba la iniciativa en la primera mano, al jefe le gustaba recuperarla cuanto antes. También el tipo vigorético con pinta de abogado de la mesa contigua le mostró sus cartas a la primera de cambio. Mirándolo a él tras el grito y luego volviéndose hacia Qwerty. Y luego mirándolo a él de nuevo. Una y otra vez. Los labios prietos. Una mano a

las costillas, bajo la americana. Sus orejas enhiestas parecían las asas de una cazuela. Ahora recuperaba la calma y otra vez disimulaba, aunque con un poso de vergüenza ya indeleble. Nunca dejará de sorprenderme tanto mequetrefe como anda suelto en este negociado de las sombras.

Había una silla vacía junto a Qwerty. Kempes la tomó para sentarse.

–¡Lo sabes mejor que nadie! –dijo Kempes entre risas, gritando de nuevo–. ¡Soy el que más te quiere, hermano!

Y dejó a Qwerty el tiempo suficiente para adivinar que aquella era una mascarada como otra cualquiera y a él le tocaba decirle algo en el mismo tono. Pero Qwerty permaneció en silencio, agarrado a su maletín de piel. Llegó el camarero y le sirvió un *half en half*. Cuando se hubo marchado, Qwerty le dijo por todo saludo:

–Espero que Ariel Kempes no sea su nombre real.

–Claro que no, por quién me ha tomado –dijo Ariel Kempes, cuyo nombre real era Ariel Kempes. Y luego añadió–: Veo que usted ha hecho lo mismo, antes de venir traté de rastrearlo.

Hizo una pausa, no sonrió.

–Sin éxito –añadió, y con un gesto de la mano le pidió al barman que le sirviese la misma copa.

–Estamos empatados –dijo Qwerty con un rictus de satisfacción que tiñó su rostro de un patetismo audaz–. De hecho, ese es el trabajo que quiero encargarle.

–Encontrar a alguien muy escurridizo –dijo Kempes–, eso lo sé.

–Entonces, ¿qué hacemos aquí? –protestó Qwerty.

–Necesito más detalles –dijo el jefe–. Además, tengo por norma verle la cara a mis clientes, por lo menos una vez.

–Ya veo... –vaciló Qwerty–, mi norma es justo la contraria.

–Si quiere lo dejamos –dijo Kempes haciendo ademán de levantarse, vigilando de reojo la reacción del tipo vigorético con pinta de abogado, su mano en la faltriquera.

–Ahora ya estamos aquí –dijo Qwerty con cierto aplomo–, no perdamos más tiempo. Su nombre es Nadia –e hizo una breve pausa–, Nadia Europa.

–¿Europa...?

–Ni más, ni menos. Al parecer se apellida Europa. Eso es por lo menos lo que hemos logrado averiguar.

Kempes asintió. Qwerty le dijo que debía seguirla de lejos, sin intervenir. Que le pasase un informe de sus actividades, de sus contactos. Que luego esperase nuevas instrucciones. También le entregó una fotografía más bien borrosa en la que aparecía una mujer pelirroja.

–Tiene una cicatriz en la mano izquierda, una quemadura.

Kempes quiso saber si el pelo rojo era natural y Qwerty respondió que él creía que sí, pero que con Nadia Europa uno nunca sabía. Le preguntó por la edad y Qwerty le dijo que unos treinta, pero que con Nadia Europa uno nunca sabía. Kempes apuntó el nombre y el número en el reverso de la foto y la guardó. El camarero le trajo su *half en half*. El jefe se lo bebió de un trago.

–Tiene usted muy buen gusto, señor Qwerty –lo alabó, moviendo la cabeza como quien dice sí, ya lo creo que sí. Y dejando de nuevo la copa sobre la servilleta, todavía quiso añadir–: ¡De eso no hay la menor duda!

Temí que eructase pero no lo hizo. Al jefe le gusta la cerveza y el fernet con cola. Los tragos sofisticados siempre le han parecido cosa de señoritos.

Qwerty recuperó la iniciativa, le entregó un papel doblado.

–Esta es la información más preciada –le dijo.

Kempes lo leyó con cuidado. Una sola hoja de grueso gramaje con un texto dividido en siete puntos que abundaba en enigmas y disparates. La greña ya sobre los ojos. Sin entender una palabra.

–¿De qué va esto de amada Europa y amada mía que tanto repite? –me contó luego Kempes que le preguntó tras leer el papel.

También me dijo que Qwerty, a pesar de haber escuchado la pregunta, prefirió no responder y darle una información que ya tenía prevista:

–Es una comunicación que ha interceptado mi equipo. A partir de ahora, y hasta nueva orden, la operación queda en sus manos.

Kempes sonrió. Yo tuve que volver a esconderme tras el periódico. Vergüenza ajena, uno de mis muchos defectos, quizá el más irritante. Qwerty no se dio por aludido.

–En cuanto a su pregunta –respondió por fin Qwerty–, es de suponer que con amada mía se refiera a Nadia Europa. La carta va dirigida a ella.

Y a continuación le hizo entrega de una segunda foto. La foto de una letra pintada en una pared, una *E* mayúscula. Kempes seguía sin entender.

–¿Y esto? Parece un grafiti dejado a medias.

Porque, en efecto, como puede comprobar unas horas más tarde al examinar la imagen, los trazos de espray que formaban la letra no eran demasiado diestros.

–No se mira así –lo corrigió Qwerty, tomando la foto y volteándola noventa grados–, sino así.

Y la colocó de tal modo que la *E* quedaba acostada. Como un bicho panza arriba. Como las almenas de una

fortaleza. Como unos cuernos o una sonrisa traviesa o acaso una de esas trampas en que alguien cava un hoyo en el suelo y lo pertrecha con estacas para ensartar a la víctima, que burlada mediante alguna treta, se abisma fatalmente en él.



–Creemos que es su firma –dijo Qwerty–, o su tag –añadió con cierto pudor–, que es como lo llaman esos vándalos que van pintando las paredes con espray.

Kempes asintió sin ganas y pidió más información, cualquier detalle podría servirle. Qwerty negó con la cabeza.

–Basta con que tenga en cuenta que es una WITCH.

Kempes volvió a mirar aquella imagen y la guardó junto a la otra.

–¿Una bruja? –preguntó enseguida.

–No exactamente –respondió Qwerty–. Son las siglas de una especie de sociedad secreta. Ahí es donde empezamos a perderle la pista. Ahí es donde entra usted. Significa algo así como Conspiración Terrorista Internacional de Mujeres del Infierno.

–¿En serio? –se sorprendió Kempes, que no parecía entender nada.

Yo tampoco, la verdad. Era mi primer contacto con ese tipo de bandas. Colectivos remotos armados sin armas, de límites difusos, objetivos impredecibles, nombres vaciados por un uso desacorde y métodos raros como un perro verde. Todo aquello me sonaba a chino. Circa no tardó en averiguar que esa supuesta conspiración de mujeres del infierno fue en los años sesenta una conjura feminista dada al aquelarre político y al activismo callejero.